

Sr. D. Benito Pérez Galdós.

Mi querido amigo: supongo que recibirá usted en Cádiz el telegrama de pesame que le remití, el cual confirmo hoy con igual sinceridad.

Le creo á usted atareadísimo con los ensayos de la nueva obra. Mariano Diar, el ingeniero, me dijo que pensaba usted estrenarla á mediados de este mes, pero lo dudo, pues la época no parece muy á propósito, estando tan enjuta la pámula. Sea cuando sea y aunque sólo dispusiere de unas horas, conste que me plantifico en Madrid para darle á usted un buen apretón de manos, que ya será razón, puesto que desde hace no sé cuántos años no tengo de usted noticias sino por los periódicos y por nuestro gran desterrado Pepe Cubas, quien ahora me escribe unas cartas que por

ten los corazones. El hombre se encuentra endemoniadamente saudoso y nostálgico y eso que ahora está recuperando. Cuando lleve, como yo, tres años y pico en Samarcanda, será ella. Es decir, ella, para mí que há sido ya. Y no hay que hablar más de esto.

Es muy probable que antes del estreno me llegue a Madrid unos días. Quisiera hablar largamente con usted, de algunos asuntos más que ya le indiqué en otra ocasión, y si tarde mucho, es fácil que antes pierda el habla, por falta de uso, pues para la gente de por acá, con gruñir o ovejear basta.

Aquí, es decir, en Samarcanda, no ocurre nada: es más, yo ya voy creyendo que no há ocurrido nunca y que las pretendidas grandezas de la historia de esta ciudad son una pura paparrucha, una quasa histórica. Esto me parece un mayúficio escenario sin actores ó un fondo sin figuras. Para un canónigo rollizo y beruoso ó una buena Celestina que se en-

cuente uno de párcas á ramos entre los plinques de cualquier callejon, se topa uno en cambio con diez cadetes ó concejales de levita ó empleados de mala muerte. Toledo se va adulterando, como la tierra de Tartaria. Va faltando la turra y casi toda hostilidad que antes distinguía á estos hidalgos venidos á menos. En fin, hasta el seráfico Don Tomé, hay quien dice que acaba de emplear en amortizable los ahorillos que antes prestaba, á módico interés, á algunas beatas y viudas menesterosas. Esa uniformidad que, según Bourget, vá á ser la única grandera de los tiempos venideros, invade ya hasta estos últimos meridionales del mundo. Claro que no es cosa de entristecerse de modo. Claro que no es cosa de prorrumpir en elegías maritadas, ni menos de prorrumpir en elegías arqueológicas, pero motivo para aburrirse, ya le hay. Y como no otra cosa sino fastidio y canancio puedo comunicar á usted, me callo, sabiéndole con el mayor cariño y despidiéndome hasta muy pronto.

Paco Navarra
, Sedesma.

1/2 Santa Justa, 1 -

2-XII-94